

janza. «Mirad, dice San Juan Crisóstomo, el Templo de Jerusalén; Dios lo derribó, ¿los hombres han podido levantarlo? Mirad la Iglesia católica: Dios la ha edificado: los hombres conjurados contra ella, ¿han podido destruirla? Lo que Dios derriba, nadie lo levantará; ni ménos derribará lo que Dios ha levantado» (1). El error puede subsistir y propagarse por algun tiempo, y aún mostrarse durante él en una especie de triunfo; pero los derechos de la verdad son imprescriptibles; *la verdad del Señor permanece eternamente* (2). Su duracion está medida con la de los años eternos; el momento que el error la quita no es más que un punto el cual desaparece en la inmensidad de los siglos. De este modo hemos visto detenidos los progresos de la incredulidad, y el mismo exceso del mal ha llegado á ser en parte su remedio por los desastres que ha causado. Los hombres han abierto los ojos á la vista del abismo á donde el error los había conducido, y la religion saca grandísimas ventajas de la misma guerra que sostiene contra sus más encarnizados enemigos (3).

«¡Qué ejemplo tan palpable nos ha ofrecido de ello la persecucion filosófica de que hablamos! Volvamos los ojos á aquellos dias espantosos de terror y de blasfemia en que tanto sufrió la Iglesia.» ¡Oh, y qué situacion tan triste! ¡Cuán angustiada se veía y oprimida de amargura! El padre comun de los fieles preso y aherrojado, fuera de la tierra clásica de sus dominios, disperso el colegio de Cardenales, los Obispos todos de un reino, en número de 130, desterrados, proscrito en él el culto, cerrados los Templos, derribados los altares, perseguidos los Sacerdotes, deshechas las Ordenes religiosas, proclamado el ateismo, las armas de la impiedad triunfantes por doquiera, relajados todos los vínculos sociales, conmovidos todos los tronos de Europa, extendido el espanto á todas partes con los rugidos del mónstruo de la revolucion, qué tendido sobre los

(1) *Orat. in judæos.*

(2) Psalm. CXVI, 2.

(3) Feller, *Catec. filosófico*, lib. IV, capítulo 8.º

rios del mundo, parecía desafiar á Dios, diciendo: *mios son los rios*; ó con irónica sonrisa diciendo á lo romanos: *guardad vuestro Papa: mirad que es el último...* Y bien, orgullosa filosofía, ¿cuál es tu triunfo? Sopló Dios y se disiparon todos sus enemigos: los miró y sus proyectos agigantados se desvanecieron como el humo: se vió que habían tejido telas de araña contra Dios, y se enredaron en sus propios lazos. Cuando más seguros contaban con su triunfo, llama Dios á los pueblos del Norte, y aquellos pueblos, siendo enemigos de la Iglesia latina, á su vez vienen á asegurar la permanencia de ésta. Se necesita la libertad de la Italia para la eleccion de un nuevo Papa y evitar un cisma, y como si únicamente hubiesen venido para eso, ocupan la Italia el tiempo preciso para la eleccion... Segunda vez se renuevan con más dolo y más amaños la persecucion y los ataques en los dias del usurpador general, del Mahoma de la filosofía (Napoleon), y nuevos triunfos de la religion se suceden: los reyes proscritos vuelven á sus tronos, el Romano Pontífice al sòlio pontificio, la tierra se renueva, y á despecho de la filosofía, Cristo triunfa, Cristo reina, y con una mirada de seguridad hace reconocer á sus hijos que *contra el Señor no hay consejo que valga*; que su Iglesia dura y durará hasta la consumacion de los siglos (1).

Así como las antiguas herejías sirvieron para corregir los abusos, explicar los dogmas y restablecer la disciplina eclesiástica, de la misma manera los impíos, aunque contra su intencion y voluntad, sirvieron para afirmar la religion por los mismos sacudimientos que parecía habían de trastornarla. La Iglesia triunfó de los nuevos filósofos, como triunfó de los antiguos.

El cristianismo, prosigue el escritor citado, á la manera de una bóveda bien construida, se cierra, aprieta y consolida más con el peso que se la carga. Si la crueldad de los perseguidores multiplicó los hijos de la fe, los sofismas de los impíos han sido ocasion de que se corroboren sus dogmas. Sus pruebas, mejor estudiadas, harán más viva im-

(1) Teller, lib. IV, cap. 8.º, nota.

presion en todos los entendimientos por su belleza; su moral, mejor explicada, moverá más eficazmente los corazones; su culto aparecerá más respetable; sus ministros, como continuamente observados por sus enemigos, procurarán ser irrepreensibles. La altanera filosofía, ensoberbecida por sus rápidos y extraordinarios progresos, ha rasgado el velo con que cubría sus horrores, y desplegado en toda su extension los dogmas desesperantes de un sistema destructivo de toda verdad y de toda felicidad: ella ha reunido todos sus principios y todas las consecuencias que de ella resultan en cuadros que hacen estremecer, y que han dado á las máximas de la religion un nuevo precio y nuevos encantos. Esta fiera enemiga de Dios, descubriéndose en el delirio de su orgullo, y mostrándose tal cual es, se ha cubierto á sí misma de ignorancia y de oprobio.

Ante los atrevidos y obstinados ataques de los filósofos, se multiplicaron los apologistas y defensores de nuestra religion, desplegando los mayores talentos para impugnarlos, deshacer sus sofismas, y descubrir sus peligrosas tendencias (1). Si en un principio se produjeron en la Iglesia hondas perturbaciones y se multiplicaron las apostasías, en cambio se aumentó la adhesion de sus verdaderos hijos, y cuando se restableció la calma, se encontró depurada de sus enemigos ocultos, y de muchos miembros que la deshonraban. Las disputas en que los incrédulos empeñan al cristiano instruido y celoso por la defensa de su fe, se asemejan mucho, segun la comparacion de un autor célebre, á aquellas partes ácidas y volátiles que se hallan en todos los cuerpos aptos para la fermentacion. En un principio turban el licor; pero como ponen en accion toda la masa, en el movimiento se disipan ó se precipitan más: llega el momento de la depuracion, y sobrenada un licor dulce, suave y vigoroso, que sirve para la nutricion del hombre.

(1) Véase Ceballos, *La falsa filosofía convencida de crimen de Estado*, obra profunda, que siempre se leerá con fruto.

Pero, sobre todo, la Iglesia triunfó de la incredulidad, saliendo ilesa y esplendorosa de todas sus objeciones. Los filósofos falsearon la historia, revolvieron las ciencias naturales, apelaron á la calumnia, al sarcasmo y al ridículo, y no lograron debilitar un solo artículo de nuestra fe. Hé aquí con cuánta fuerza y brillantez presenta este argumento el elocuente P. Félix.

«La Iglesia no ha cesado un solo dia de sufrir los ataques de la ciencia filosófica, pero puede decirse que Dios había reservado para estos últimos tiempos la prueba decisiva y que reserva para lo porvenir una prueba más brillante aún. Un génio de primer orden (el conde de Maistre) ha dicho: «Ninguna religion, exceptuando una, puede sostener la prueba de la ciencia: la ciencia es como el ácido que disuelve todos los metales, á excepcion del oro.» Nuestros mismos enemigos habían adivinado que si la vida católica no se componía más que de elementos humanos, el progreso de la ciencia iba á pulverizarla, y éste es el único punto en que el génio científico no ha engañado el golpe de vista de los sábios.»

«Recordad, señores, aquella conspiracion que no ha tenido igual, que hizo oír en el siglo pasado este santo y seña infernal que resonó en toda Europa: *¡Aplastad, aplastad al infame!* ¿A quién creéis que convocaba este grito famoso? ¿Convocaba soldados ó verdugos? No, convocaba sábios. Al oír este grito, todos los hombres que en aquella época habían dedicado su ciencia al génio del error, y su corazon al génio del mal, se reunieron llevando en una mano la antorcha de la ciencia y en la otra la espada de la discusion: poetas, literatos, historiadores, filósofos, matemáticos, físicos, naturalistas, astrónomos y geólogos, todos se adivinaron desde los últimos confines del mundo intelectual, literario y científico, y todos se dieron la cita de los ódios conjurados contra la Iglesia en el campo de batalla, de la filosofía y de la ciencia.»

«Y todos obedecieron al santo y seña, todos pusieron manos á la obra, y todos requirieron á la filosofía, á la historia, á la física, á la astronomía, á la fisiología, ó á la geo-

logía, un mentís contra la verdad, una profeca contra la vida, y una maldición contra la Iglesia. Pues bien, ¿qué fué de la vida católica bajo esta irradiación de todas las luces unidas y condensadas por la ciencia?... Resplandeció con más pureza su brillo, al paso que los sábios temerarios vieron sus filosofías y sus sistemas desechados como absurdos.»

«Se había querido ver, y se vió: se vió á todas las ciencias llamadas por el libre pensamiento para insultar y maldecir, principiar de pronto como Balaam á glorificar y bendecir: se vió á la *historia* arrojar cada vez más luz sobre los orígenes cristianos: se vió á la *geología* relatar la creación como Moisés: se vió á la *cronología* confirmar nuestras épocas bíblicas, y se vió á la *lingüística*, la *fiología* y la *etnografía*, atestiguar con nosotros la unidad de nuestra raza y la fraternidad de nuestra sangre.... Y lo que hemos visto ya, añade, seguiremos viéndolo cada vez más. Bajo el choque de la libre discusión y bajo la libre irradiación de la ciencia, se verá á la vida católica salir más brillante y más fuerte del crisol científico, donde perecen las religiones humanas, y decir á sus hijos aterrados con la ciencia impía: «No temáis la discusión, ni os dé miedo la ciencia: la discusión me consolida y la ciencia me demuestra, porque soy la verdad: *Ego sum veritas.*»

«No nos inquieten las nuevas tentativas de la ciencia contemporánea. Sabremos lo que habrá al fin de la ciencia, si verdaderamente es la ciencia: habrá una nueva luz para iluminar nuestro dogma, y así como los cuerpos se descubren con más claridad en la luz eléctrica, del mismo modo, merced á los progresos de todas las ciencias, el carácter divino de nuestra vida brillará con mayor esplendor en la luz científica» (1).

Por último, los mismos filósofos dieron muchas veces testimonio contra sí mismos, no pudiendo menos de reconocer muchas verdades católicas, y elogiar sus dogmas y su moral. Deslumbrados por el brillo majestuoso de la ver-

(1) Discurso sobre los *Tres estados de la vida católica*.

dad, le tributaban un homenaje desinteresado, tanto más precioso para nosotros, cuanto más enemigas eran las plumas que lo daban. Es necesario que una cosa esté bien probada, cuando hombres tan dispuestos á negarla y disputar sobre ella, no hallaban razones con que combatirla, y, por el contrario, se convertían en sus defensores. Los apologistas católicos no se descuidaron en reunir estas confesiones de la incredulidad (1).

CAPITULO VI..

El liberalismo.

Acabamos de nombrar el enemigo más encarnizado é insidioso que tiene la Iglesia en los tiempos modernos.

Hijo legítimo del protestantismo, y como aquél, enemigo de la autoridad, nutrido en el racionalismo; y como éste, enemigo de la revelación, es el que dirige contra la Iglesia todas las falanges del error, y á pesar de su incompatibilidad recíproca, sabe emplearlas á todas como otros tantos auxiliares de su causa. Tan pronto es hereje como cismático, tan pronto jansenista como volteriano, y dentro de él caben y se cobijan por un inconcebible maridaje los más opuestos sistemas y los más monstruosos errores.

Enarbolando una bandera que no le pertenece, la libertad, y apropiándose la como si él solo fuera su único defensor, cuando en realidad la falsea y la destruye, ha logrado engrosar sus filas con innumerables hombres seducidos por los mágicos encantos de aquella palabra que no puede menos de ser simpática á todos los corazones. Por esta razón lo defienden muchos, que si lo conocieran bien ó quisieran conocerlo, renegarían de sus principios.

(1) Véase *El Deísmo refutado por sí mismo*, por el Ab. Bergier. *La Religión vindicada de la incredulidad por la incredulidad misma*, por el Ilmo. Sr. Le Franc-de-Pompignan. *Los Apologistas involuntarios*, por Merault.